

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

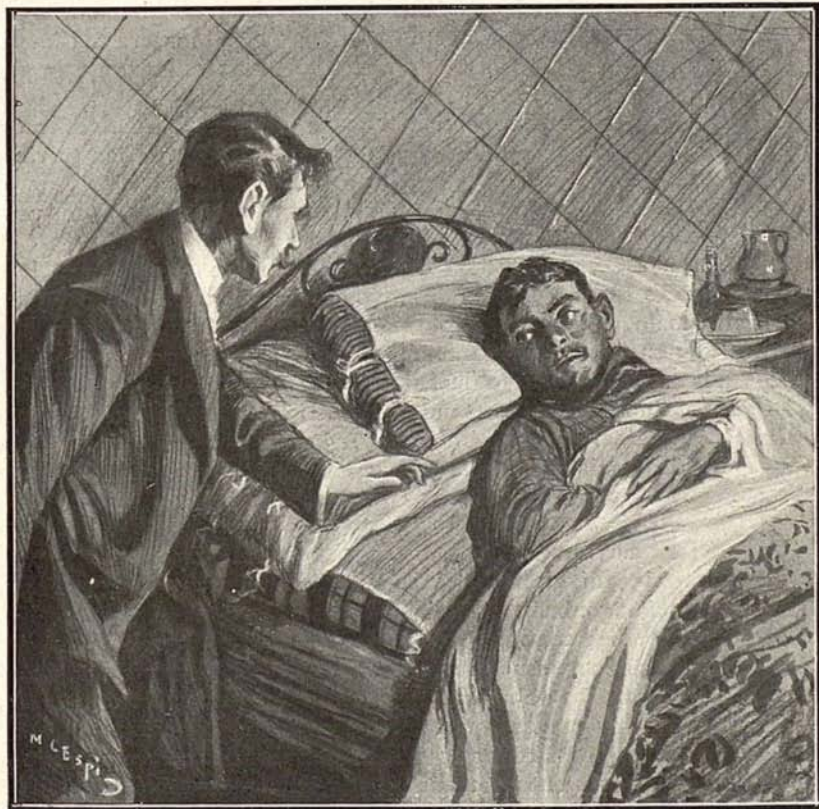


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 30 DE AGOSTO DE 1908

NÚMERO 35



LOS AMIGOS

HISTORIA EJEMPLAR

1

Luis era un encanto de criatura; sus ojos azules rasgados y su cabellera rubia, de ese rubio tornasolado que semeja rayos de oro, daban á su rostro un tono angelical.

Adorábanle cuantos le conocían por su carácter afable y cariñoso, su despierta inteligencia y su corazón todo bondad y ternura.

Ayuntamiento de Madrid

En el colegio era la gala de sus profesores y la envidia de sus discípulos por su aplicación extraordinaria.

Los padres de Luis mostrábanse orgullosos—con ese legítimo y sano orgullo paternal—de tener un hijo parecido, y le mimaban y acariciaban del modo inimitable con que sólo los padres saben mimar y acariciar á los hijos.

II

Discolo, frívolo, orgulloso, holgazán, envidioso, en una palabra, distinto en un todo á Luis era su amigo Rafael, y no obstante la divergencia de caracteres, la amistad entre ambos niños era tan íntima que siempre se les veía juntos, ya en las horas de estudio, ya en aquellas dedicadas á solazarse en sus juegos infantiles.

Los papás de Luis no veían con buenos ojos aquel afecto extraordinario que profesaba su hijo á quien, como Rafael, era tan travieso y desaplicado; frecuentemente le decían:

—Mira, Luisito, la amistad de Rafael no te conviene mucho, porque tú ya sabes la mala fama que tiene...

—Pero papás...—protestaba Luis—¡si Rafael es muy bueno...!

—Eso crees tú, y ojalá resultase cierta tu afirmación; pero Rafael es un niño malo, y con su ejemplo, á pesar de ser tú tan bueno, puede llegar el día en que inconscientemente sigas la senda por donde él te guíe, senda extraviada á cuyo final se acaba en un asilo ó en un presidio...

—Pero yo no seguiré esa senda que decís; seguiré la que vosotros queráis... y Rafael la seguirá conmigo.

—Pero desgraciadamente la fruta podrida siempre echa á perder la sana...

III

Ya han transcurrido muchos años desde que Luis era niño.

La otra tarde fuí al hospital General á ver á un pobre anciano, amigo mío, que agonizaba en una de las salas llamadas de incurables.

El enfermero me condujo por el pasillo central, que limitaba dos hileras de camas ocupadas en su mayor parte por infelices que, además de verse privados de la salud, el don más inapreciable en la vida, se encuentran sin recursos para remediar su triste situación.

Pasé rápida revista á todos aquellos lechos de dolor, y no pude por menos de detenerme en mi camino y de lanzar una exclamación de sorpresa al ver en uno de éstos á un hombre, aún joven, cuyo rostro cubría palidez mate; la fiebre brillantaba las pupilas, y los labios, hinchados, acusaban un mal terrible de funesto desenlace, y cuya causa reconocía un espantoso estado de miseria.

Me acerqué á la cama, y murmuré emocionado:

—¡Luis...! ¡Tú en este sitio...! ¿Qué te ha ocurrido...?

Al oír mi voz, el enfermo clavó en mí sus ojos febriles, y su mano, que abrasaba, asió la mía, y besándola y humedeciéndola de lágrimas, dijo con voz débil, como un suspiro:

—Gracias por haberse usted acercado á hablarme...

Aquél era Luis, el niño que fué encanto de sus padres, gala de sus profesores y envidia de sus condiscípulos por su corazón, su inteligencia y su aplicación en los estudios.

Próximo á sucumbir, alejado de todos, presa de dolores del cuerpo y del espíritu, el infeliz sentía que los remordimientos entenebrecían el ocaso de su mísera existencia.

Desgraciadamente era cierta la afirmación que hicieron sus padres de que la fruta podrida siempre echa á perder la sana; Rafael infiltró poco á poco en el sano corazón de Luis las ideas perversas que animaban al suyo, haciéndole cómplice en sus reprensibles acciones.

Y como el que sube á la cima del vicio rueda vertiginosamente á su fondo, así Luisito se encontró al cabo de pocos años tan criminal y perverso como Rafael, que, abandonando á sus padres, se hizo jugador empedernido, arrastrando en su camino á Luis. Un día sorprendieron á los dos mozalbetes en un garito ó casa de juego; atados codo con codo fueron conducidos al Gobierno civil, y desde este punto á la Cárcel Modelo.

De tal modo impresionó á Luis aquella deshonrosa aventura, que una vez en libertad, sintiéndose agotado física y moralmente y manchado con una nota de infamia, dedicóse á pedir limosna para poder vivir, pues sus antiguos vicios le horripilaban por ser causa de todas sus desdichas.

Enfermo del cuerpo y del espíritu, habiendo padecido muchos días de hambre y á todas horas de remordimientos, Luis entró en el hospital, último y generoso asilo de los miserables.

D. LARRÚ.





EJEMPLARES DE DIAMANTES TALLADOS

LOS DIAMANTES

El diamante es carbono puro cristalizado.

Respecto á su formación geológica, es decir, á la época y el modo en que se ha producido en la tierra, han discutido mucho los sabios, y á descifrar esta incógnita han dedicado su inteligencia una porción de hombres eminentes, no llegando á un acuerdo, porque se da el caso de que los diamantes se encuentran, por regla general, en capas poco consistentes de terreno, compuestas de fragmentos de roca de no muy antigua formación, y en las cuales se suele encontrar también el topacio, la esmeralda, el oro y el platino.

Después de infinitos trabajos y experimentos, ha podido llegarse á conocer la composición química del diamante, é infinitos han sido asimismo los intentos para fabricarlos artificialmente, cosa no conseguida hasta hoy, pues así cuando se ha querido fundirlos sólo se ha logrado que un diamante se convierta en grafito, así también cuando los han querido hacer los sabios, no han obtenido más que unos polvos, cuya única analogía con aquél era la de servir para su pulimento.

El diamante se presenta recubierto de una costra opaca que se llama ganga; una vez quitada ésta aparece el cristal, en el cual el mayor valor está en razón directa de su transparencia, pues más se aprecia cuanto más incoloro es.

En algunos casos los diamantes tienen un tinte amarillento, rosa, verde, azul ó negro. Estos últimos se utilizan para perforar las rocas más duras.

Después de los blancos, son los de tono rosáceo los preferidos por los joyeros.

El diamante, tal como está, una vez despojado de su ganga, es decir, en bruto, no reúne las condiciones necesarias para emplearlo en joyería; hay que tallarlo y pulirlo. El tallado consiste en hacerle caras ó facetas para que refleje la luz y brille al ser herido por ella, y dada la gran dureza que tiene sólo se consigue utilizando para ello polvos de diamante desleídos en aceite, sobre los cuales se frota la piedra que se quiere tallar y que está fija en un torno que gira á una velocidad de 2.200 vueltas por minuto.

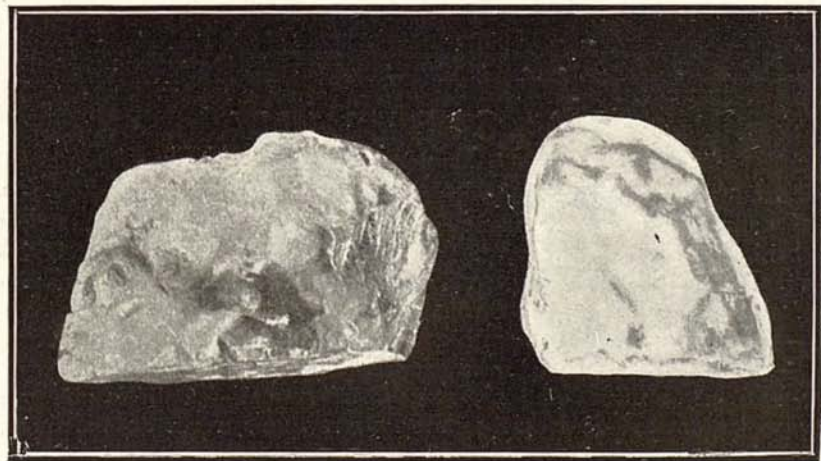
Muchas veces es necesario cortar el diamante en bruto antes de

someterlo á la operación que antes indico, y esto se hace con un cuchillo de acero, sobre el que se da un golpe fuerte y seco por medio de un martillo, pues si bien es verdad que el diamante es extremadamente duro y raya una porción de cuerpos, no lo es menos que es muy frágil y no resiste á los golpes. El diamante se corta con objeto de quitarle los defectos que puede tener ó para hacer varias piedras si ello reporta utilidad.

Los primeros diamantes conocidos vinieron de Golconda, en la India; después se descubrieron los yacimientos del Brasil, los de la isla de Borneo, los de los montes Urales, y, por último, los del cabo de Buena Esperanza.

Por espacio de varios siglos fueron Golconda y el Brasil los que proveyeron de diamantes á todo el mundo; pero últimamente el centro de producción se ha trasladado al Sur de Africa.

Los diamantes se suelen encontrar en los lechos de los ríos, y el trabajo del minero consiste en cambiar el curso de las aguas, quitar luego la capa de lodo ó barro que éstas depositan en el cauce, é ir



DIAMANTES EN BRUTO

después examinando con detenimiento las piedras que se extraen para separar las que encierran los diamantes.

Como se ve, este sistema es bastante primitivo, y se ha dado el caso de encontrar valiosísimas piedras (la llamada Estrella del Sur, por ejemplo) entre las tierras arrojadas de un yacimiento.

Hay algunos diamantes célebres, como el Koh-i-noor, perteneciente al rey de Inglaterra; el del rajah de Borneo, cuyo peso es de 63 gramos; el del emperador de Rusia, con 41 gramos; el Regente, que pesa 29 gramos, y uno que tiene Portugal, de 25 gramos de peso.

JUAN ANTON



LA CIBELINA

Cuando Anita cumplió los diez años recibió como regalo de sus padres un magnífico manguito de cibelina, que, por sus hermosos y brillantes colores, se llevaba tras sí todos los ojos que le contemplaban. Como la niña era muy curiosa, se acercó á su padre, y, con encantadora ingenuidad, le preguntó entre beso y beso:

—Papá, esta piel es de un bicho que se llama cibelina, ¿verdad?

—Sí, hija mía—hubo de contestarle su padre.

—¿Y hay muchas cibelinas en el Guadarrama?—añadió la niña mirando las crestas de la mencionada sierra que á través del balcón se distinguían.

El bondadoso padre se echó á reír, y, sentándola sobre sus rodillas, le dijo:

—Mira: para encontrar el bicho cuya es esa piel, tendrías que pasar el Guadarrama y los Pirineos, atravesar Francia, tocar en Suiza, cruzar Alemania, salvar toda la Rusia, saltar los Urales, y, atravesando toda la Siberia, llegar á la península de Kamtschatka, á las faldas de los montes Stanovoi y á las riberas del río Anadir, allá donde el Asia casi se besa con la América por Alaska...

—Eso está más lejos que San Sebastián, ¿verdad, papá?—interrumpió Anita.

—Mucho más lejos, hija mía; tan lejos, que si tuvieras que ir andan-

do ya llevarías la cabeza llena de canas cuando llegarás á esa región. En ella, en los huecos de los árboles centenarios y en las grietas de las rocas, vive la cibelina. Es un hermoso bicho de enjuto y prolongado cuerpo, de cortas y vigorosas patas, de cabeza pequeña y achatada, de orejas y ojos grandes y de fuertes dientes. Tiene, por lo regular, el lomo negrozco; el cuello y los costados, pardo-rojos ó castaños; el hocico, entre negro y gris; la garganta, rojiza-amarillenta, y las orejas, bordeadas de un gris blanquizo. Es gran devoradora de armiños y ardillas en el verano y de pájaros en el invierno, si bien todo lo olvida por la fruta cuando ésta llega á su sazón. Atraídos por la ganancia que les promete la venta de las pieles—cada una de las cuales les vale hasta 60 rublos de plata,—acuden á tan inhospitalaria región innumerables cazadores, montados en desvencijados trineos, y, unos con lazos y otros con trampas, todos están durante dos ó tres meses persiguiendo á las pobres cibelinas. Pasado este tiempo, tornan á sus lares las caravanas, no todas, hija mía, porque á lo mejor, sorprendida

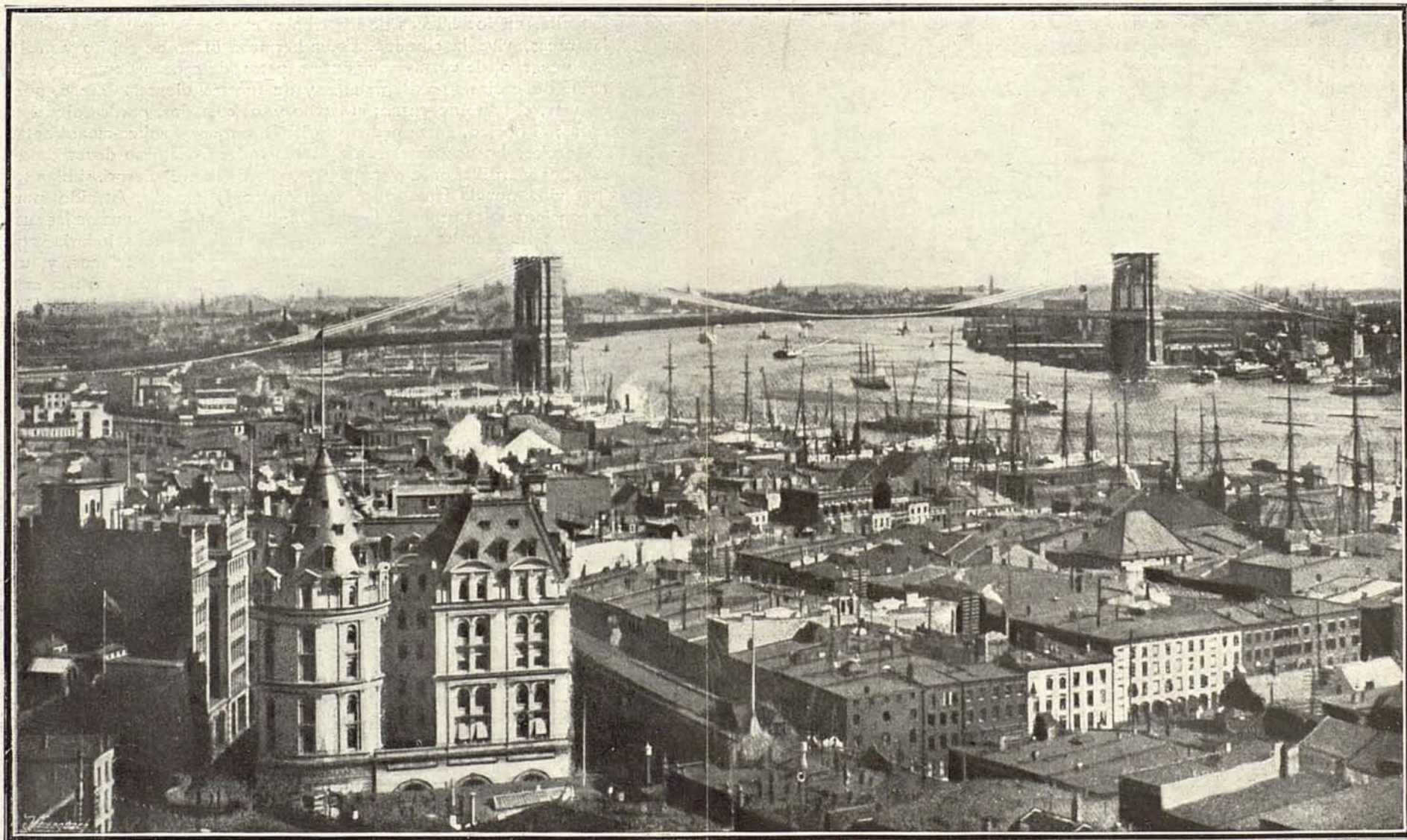


alguna por una tempestad de nieve, se duerme para siempre, abrazada á su botín sobre la fría estepa...

—¡Qué lástima, papá!—interrumpió la niña.

—Sí, hija mía, es lástima; pero no hay que cuipar al lujo de estas desgracias, sino á la esterilidad de aquella tierra, que sólo ofrece á sus habitantes esta manera de ganarse el pan...

José A. LUENGO.



NUEVA YORK. EL PUENTE DE BROOKLYN

La gran Metrópoli comercial é industrial del Nuevo Mundo se halla situada en la isla Manhattan, estrecho y largo brazo de tierra limitado por los ríos Hudson y East y separado de tierra firme al N. y NO. por el río Harlem y la ensenada Spuyten Duyvil. El área total de Nueva York es de 42 millas cuadradas, y su población, de unos dos millones y medio

de habitantes. El gran puente que enlaza Nueva York con Brooklyn, cuyo nombre lleva, es el mayor de su clase que existe en el mundo, siendo un modelo de belleza, así como una maravilla de ingeniería. Tiene 85 pies de ancho; de altura sobre el nivel del agua, 835, y de longitud, 5.990. Costó cerca de tres millones de libras.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXXI

Ay qué gusto! ¡Qué tranquilidad tan grande...! ¡Ya me confesé! Y no es una cosa tan miedosa como yo creía; el sacerdote es muy cariñoso y me regañó poquito; ¡anda, y me dijo, como la *miss*, que soy buena, más buena de lo que creo, y que tengo un angelito dentro...

Cuando volví á casa me dieron muchos besos, y la *miss* estaba contentísima y decía que *su nena* era una *santita*...

Luisito también vino á jugar, porque papá y mamá me dijeron que pidiese yo algo aquel día, y pedí eso.

—¿Ya te confesaste, Piluquita?—me preguntó.

—Sí, chico, sí.

—¿Ves como es una cosa muy buena?

—Sí, Luisito... y además... que... verás... ahora hasta que vuelva á confesarme podré ya hacer algunas travesuras, aunque no sean muy gordas. ¡Si estos días no me atrevía á nada!

—¡Pero, Piluca, eso está muy mal pensado! ¡Alegrarte de volver á ser mala!

—No, hombre, no gruñas; si seré buena. ¡Jesús qué *porra* de chico! ¡Ya dije *porra*! Tú tienes la culpa, Luisito. Mira, no me riñas, y cuéntame si estudias mucho y si de veras serás *señor*.

—¡Ya lo creo! Como que no tardaré mucho en empezar estudios serios para ser un hombre de provecho.

—¿Estudios *serios*? ¡Qué lástima! ¿Y no podrás reírte?

—¡Ay, qué gracia!—dijo Luis.—¿Qué tienen que ver los estudios con la risa? Y mira, Piluca, ya sé dibujar muy bien, y además ayudo á un señor á hacer dibujos *lineales* y me gano algunas pesetas... y algunos duros también; y... ¿á que no sabes qué he comprado?

—No sé... jamón.

—No; adivina.

—Un perro...

—Tampoco.

—Un balón...

—¡Quía! ¡Qué boba es la niña, que no lo acierta! ¡Un muñeco!—dijo.

—¡Uy, qué risal! ¿Vas á jugar tú con muñecas?

—¡Si es para tí, Piluca!—exclamó Luisito.—No te lo he traído hoy porque me dió vergüenza por si no le querías... ¿Le quieres?

—¡Ya lo creo!—dije.—¡Qué alegría! Y le llamaré... ¿Cómo te parece que le llame...? ¡Cuánto te quiero Luisito! ¡Si eres más rete-bueno! Le voy á hacer mucha ropa. Será hermanito de Baby. Ahora habrá que ponerle en mantillas, ¿verdad? ¿Quieres que le llame Luisito como tú? Y tú puedes ser su padrino; y...

—¡Carambita! Se te ha descompuesto la lengua—dijo Luis.

Bueno; el caso es que al día siguiente, antes de irse á clase, me traje el muñeco, que es guapísimo y pelón. En seguidita me puse á hacerle ropa; revolví todos los armarios de mamá y de mis hermanas para buscar telas, puntillas y bordados, y ayudada de la miss he hecho á mi niño una porción de ropita y ya le haré más.

Vean ustedes la *capa de lujo* que tiene; no se si le haré otra, pero ésta es bastante bonita.



El babero de salir á paseo no le tengo concluído y le pongo uno de diario, pero tampoco es feo.



¡Ay, Jesús! ¡Qué atareada voy estando! Como ya sé escribir muy bien y la mar de cuentas, la miss hace que escriba cartas en francés como si fuesen para alguien. Además me obliga á que en un libro que se llama *Agenda*, apunte yo todo lo que gasto para guisar.

y para comprar bombones y juguetillos, y para dar limosnas. Asegura que para ser una *mujer completa* es muy importante esto de saber lo que se gasta...

Como ya leo perfectamente, me divierte mucho leer. De manera que entre hacer todo eso, coser la ropita de mis niños, arreglar la casita, hacer alguna labor, guisar y aprender las lecciones, casi no tengo tiempo de jugar. En fin, está *Sultán* necesitando otro traje, y aún no he podido hacérselo á pesar de que le estoy muy agradecida por aquellos cachetes que se llevó por mí. Entre lo bueno que fué *Sultán* entonces, y lo que me contó Luisito de su perro, cada vez me gustan más los animalitos; así es que en cuanto tenga un ratito he de decir á la miss que necesita *Sultán* una *toilette* de última moda.

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



DOÑA ANA DE AUSTRIA

CUARTA ESPOSA DE D. FELIPE II

Viudo por tercera vez el rey D. Felipe II, y muerto el príncipe don Carlos, que era el heredero de la Corona, se decidió á contraer nuevo matrimonio con la hija mayor del emperador Maximiliano II. Esta, doña Ana, había nacido en Cigales, pueblo próximo á Valladolid, el 1.º de Noviembre de 1549.

Efectuáronse en Viena las bodas por poderes, representando al rey de España el archiduque D. Carlos, y el día 3 de Octubre de 1570 desembarcó en Santander la nueva Reina.

Según la describen los escritores de la época, era muy agraciada, esbelta y de porte majestuoso y muy blanca.

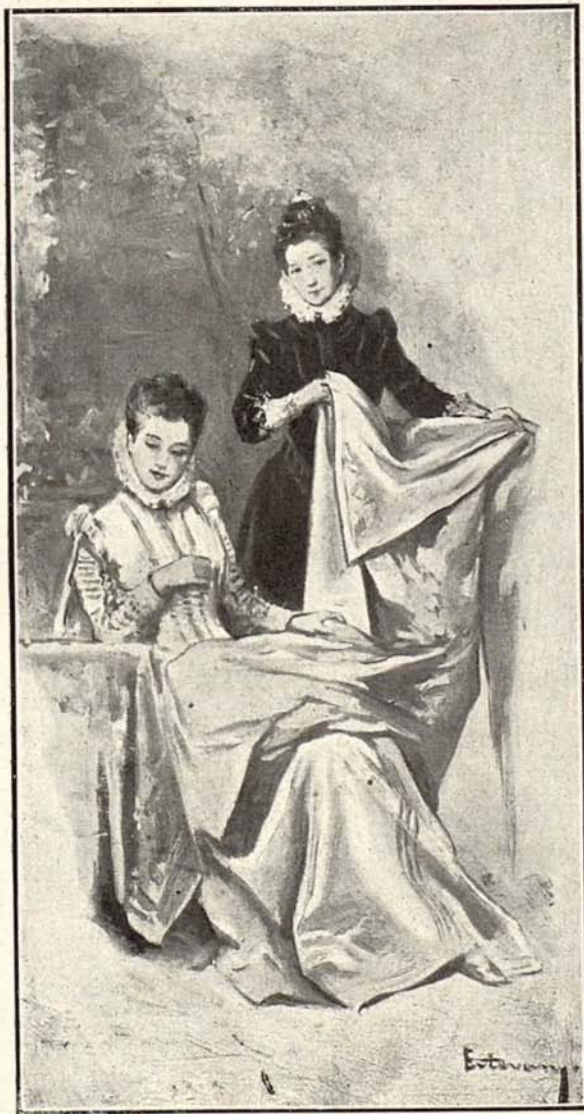
Recibieron á la nueva soberana en dicho puerto el cardenal arzobispo de Sevilla D. Juan Zúñiga y el duque de Béjar que, puestos á la cabeza de la comitiva que venía acompañando á doña Ana desde Austria, se dirigieron por Burgos y Valladolid á Segovia, donde el Rey esperaba para ratificar su casamiento. La ceremonia se celebró con gran solemnidad el 12 de Noviembre.

Grandes fiestas se hicieron en estas bodas, en las que tomó buena parte el elemento popular. Las aldeanas cantaron y bailaron y dedicaron á la augusta novia el festejo que se llamaba *espigar* y que consistía en hacer á la novia toda clase de ofrendas. De esta suerte recibió la Reina de aquellas sencillas gentes lino, toallas, almohadas, sartenes, cazos y otros enseres domésticos. Divirtiósese mucho doña Ana, y regocijando todo el ajuar, hizo donación de todo ello á un hospital.

El primer príncipe que nació de este matrimonio se llamó Fernán-

do, que vino al mundo en el mismo año en que se ganó la famosa batalla de Lepanto murió á los siete años de edad.

El segundo se llamó Carlos Lorenzo y murió á los dos. El tercero, D. Diego, falleció á la misma edad, y el cuarto, que nació en 14 de Abril de 1578, fué el único que llegó á hombre y fué después el rey D. Felipe III. Tuvieron también los Reyes una niña que murió á los



LA REINA BORDANDO CON SUS DAMAS

tres años. Doña Ana de Austria se distinguió siempre por su laboriosidad, pues nunca estaba ociosa, ni consentía que sus damas estuvieran sin hacer nada. Juntamente con ellas se dedicaba á las labores, muy especialmente al bordado, en el que era sumamente primorosa. Prueba de ello fué la magnífica colgadura para la Real capilla, que se lucía en las más solemnes fiestas, y que por estar toda ella bordada de manos de la Reina, se llamaba la colgadura de doña Ana.

Hallándose en 1580 en Extremadura, enfermó el Rey gravemente y la Reina se dice que ofreció á Dios su vida por la de su esposo. El Rey mejoró, y doña Ana cayó enferma y falleció el día 26 de Noviembre de 1580.



EL TOSTADO

La frase «escribe más que el Tostado» hace alusión al célebre obispo de Avila D. Alonso Tostado, llamado también de Madrigal por haber nacido en este pueblo, y que fué tan sabio y laborioso que apenas se concibe cómo tuvo tiempo para escribir tantas obras. Solamente el catálogo de éstas, hecho por el doctor Pontano, consta de dos gruesos volúmenes. A los diez y ocho años de edad era ya filósofo, jurisconsulto y teólogo, y á los veinticinco obtuvo el título de maestro y enseñaba las ciencias y artes que se conocían en aquella época.

Fué rector del Colegio de San Bartolomé de Salamanca. Los envidiosos de su mérito le acusaron de herejía y fué llamado á Roma, donde se defendió ante el Pontífice con tal elocuencia, que causó la admiración de cuantos le escuchaban. Nombróle el Rey D. Juan II su consejero, canciller mayor y abad de la Colegiata de Valladolid y después obispo de Avila, sede que rigió hasta su muerte, ocurrida en 1455, cuando acababa de cumplir los cincuenta y cinco años.

Está enterrado en la catedral de Avila, detrás de la capilla mayor en un hermoso mausoleo, cuya copia figura en esta página. Lo hizo construir su sucesor Fr. Ruiz, sobrino de Cisneros.

UNA VICTIMA DEL CANJE



El señor Paco, honrado falsificador de comestibles, decide canjear todos los duros que posee por perras.



Hecho el recuento con pulcritud y aseo, coloca los discos en un talego de gran tamaño.



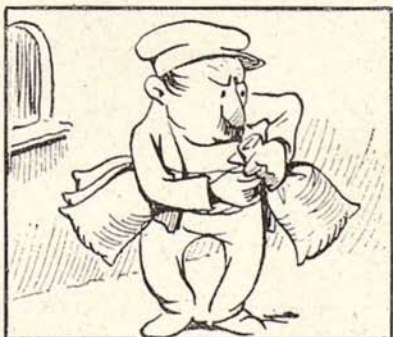
Marcha al Banco, dejando encargado a su mujer que no admita duro alguno, aunque sea de Felipe III.



Toma puesto en la cola, que es lo más molesto para todo español de pura raza.



Y una vez endosada la plata *ful*, toca las dificultades de conducir tantos sacos en moneda de luto.



Pero como para todo hay remedio, se los cuelga de la cintura, convenientemente atados con una cuerda.



Satisfecho, vuelve á su domicilio, sin reparar que uno de los sacos tiene un pequeño respiradero.



Lo que advertido por un jovencillo capitalista, desarrolla en éste la idea del lucro á expensas del prójimo.



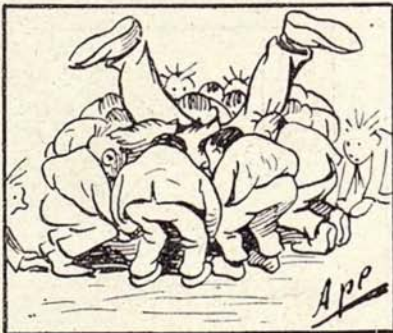
En breve el señor Paco es seguido por la multitud, que le aclama con entusiasmo loco.



El honrado falsificador de alimentos, aprieta el paso y se le desfondan algunos sacos más.



Y dieron en seguirle todos los muchachos del barrio; y tan veloz fué su carrera, que cayó de bruces.



Y chicos y mozalbetes hicieron su agosto en aquel día, á expensas del señor Paco el del canje.